La oscuridad

Era temprano y Marko Blavic estaba tumbado boca arriba con las manos entrelazadas, aburrido de contemplar el techo de la tienda. Miró el reloj, pero aún faltaban cinco minutos para la hora a la que se había propuesto salir afuera, y procuraba no alterar nunca sus planes. El dominio de sus propios actos era una de las pocas certezas que le quedaban todavía en este mundo cada vez más extraño, que se estaba yendo por el sumidero.

Giró la cabeza a su izquierda y contempló la delgada figura de la joven que yacía a su lado con los ojos cerrados y la mente muy lejos de allí. Se fijó en que parecía más guapa y más aniñada cuando dormía libre de preocupaciones. Su rostro presentaba un aspecto dulce y casi infantil, sin su habitual mueca de preocupación y ansia; sus brazos se posaban relajados sobre su pecho, libres del tic nervioso que a veces le hacía juguetear con sus manos; su respiración era lenta y acompasada en vez de las típicas hiperventilaciones. Reflexionó acerca de la curiosa relación paternofilial que se había establecido entre ellos a lo largo de los días anteriores, un vínculo peculiar sostenido por la necesidad mutua. Ella no podía viajar sola sin nadie para cuidarla y protegerla, y él tenía que concluir su negocio como de costumbre. Y aunque había procurado no coger cariño a Lyudmila, resultaba imposible no hacerlo: era adorable de puro inocente. No había un ápice de maldad en ella.

A la hora en punto se incorporó, extrajo las piernas del saco de dormir, agarró las botas y cogió también el fusil de asalto que había estado posado bien cerca, a su derecha. Por aquellos parajes, salir a la calle sin un arma era como haber olvidado las llaves del coche: con él se llegaba mucho más lejos y más rápido. Abrió la cremallera y salió al exterior, respirando el aire fresco y húmedo de aquella mañana de septiembre. Tras calzarse, estiró las piernas aprovechando para inspeccionar de manera disimulada los alrededores. Nada

vio que lo alarmase, así que cerró la tienda, se colgó el arma a la espalda y echó a andar hasta alcanzar la calle principal del campamento, si es que se le podía llamar así, puesto que no estaba asfaltada. No se preocupó por dejar sola a la chica, estaba seguro de que la respetarían. Hacía apenas dos días que habían enterrado —arrojado al río, más bien— al último desgraciado que mostró demasiado interés en ella. Puede que esto no fuesen los Balcanes, pero había refugiados de muchas nacionalidades y media Eurasia conocía de sobra a Blavic y su fama. El día que llegaron, según vagaban buscando un hueco donde establecerse, una anciana kazaja que lo reconoció se había orinado encima. Pudo ver perfectamente la mancha oscura extendiéndose por su anticuada falda de lunares.

Caminó a paso calmado, arrastrando casi con desgana su metro noventa y tres por entre los charcos, la vista fija en el suelo tan sólo unos pasos por delante de él. Por doquier el campamento parecía desperezarse también y comenzar su actividad. El cielo se estaba despejando y el día tenía visos de ir a ser caluroso, lo cual animaría a la gente a salir a las ya de por sí hacinadas calles. Enfocó sus pensamientos en lugares remotos y paradisíacos que sólo había visto a través de una pantalla. Se preguntó cómo sería levantarse y sentir que su máxima preocupación era escoger qué desayunar y qué ropa ponerse. Nunca había conocido más que miseria y desolación.

Tras un rato llegó a la tienda del ruso. Los típicos artículos y abalorios ya estaban colgados por fuera de la entrada; el género realmente valioso estaría dentro. A Marko no le caía bien Valery. Detestaba su carácter cobarde en los enfrentamientos directos pero osado en sus artimañas, sus ojos arteros a la búsqueda constante de una ventaja deshonesta, sus regateos para ahorrarse cualquier nadería y, sobre todo, su aspecto de cerdo seboso. En estos lares, sólo los más fuertes o los más taimados podían permitirse no pasar hambre, y Marko sabía muy bien a qué grupo pertenecía Valery.

Y él era angelical al lado de su mujer.

Vera Mineyeva era el doble de sagaz que su marido, pero ni la mitad de disimulada. Caer bien o mal le era indiferente, torcía el morro ante cualquier cosa que no supusiera un beneficio claro y hacía oídos sordos ante las súplicas de los necesitados. Era una auténtica arpía, pero Marko no podía real-

mente juzgarla, e incluso la entendía. En este mundo había dos clases de personas: fuertes y débiles, depredadores y víctimas. Los segundos estaban destinados a adoptar un papel pasivo y sobrevivir sin más, sin mayor aspiración que ser las marionetas de los caprichos de los primeros. Marko odiaba a los débiles. Los odiaba porque él mismo había sido uno de ellos, y sólo tras proponérselo y luchar durante años con una voluntad férrea había dejado de serlo. ¿Por qué no podían los demás hacer lo mismo?

Entró en la tienda y se sometió a los ojos inquisidores de la pareja. Ella frunció el ceño presagiando problemas, él comenzó a transpirar temeroso. Ni se molestó en saludar, no le gustaba andarse por las ramas. Con su cara, no lo necesitaba.

—Dijiste que necesitabas dos días para conseguir pasaje. Eso fue hace tres.

—Eso dije, Blavic, pero por favor, entiéndelo —gimoteó—. Todo esto es un caos y ya nada funciona como es debido, y no he podido contactar con mi colega del SVU... Te juro que lo llevo intentando desde entonces.

—Este sitio es una olla a presión y está a punto de reventar. No puedo seguir esperando más, hoy vamos a tener que marcharnos.

—¿Mar...? ¡Pero Blavic, ahora no me puedes dejar así! ¿Y mis honorarios? Todo esto tiene un coste, hay muchos a los que sobornar, muchos intermediarios que quieren cada uno su trozo del pastel, y...

Detrás de él, Vera asistía al intercambio con sus robustos brazos cruzados y una mueca. Era ella la que llevaba los pantalones realmente, pero para cuidar la imagen del negocio quedaba bien dejar que fuera sólo su marido el que hablase. Se moría de ganas por decir algo, mas no podía, y Marko lo sabía y se regocijaba por dentro.

—Sin resultados no hay nada que pagar, Valery. Si no hay mercancía, no hay dinero. ¿Comprendes?

—¡Qué horrible! ¡Después de todo lo que yo he hecho por ti, y me quieres dejar tirado! ¿Y todos mis gastos? ¿Y toda la gente que depende de mí? ¿Qué voy a hacer si el resto siguen tu ejemplo? ¡Pobre, pobre Valery! —clamó mientras se daba golpes en el pecho.

Le desquiciaba que hablase de sí mismo en tercera persona, con ese estilo teatral tan típicamente ruso. Gesticulaba mucho, como si la fuerza de sus palabras se le antojase insuficiente para transmitir lo que quería decir.

—Cómo, Valery, ¿que ni siquiera vas a pedirle la mitad de lo acordado? ¿Vas a dejar que se vaya así? —dijo por fin Vera, quien ya no aguantaba más sin replicar.

Como a muchas mujeres, a Vera le encantaba usar la técnica del «ni siquiera» para mangonear a su marido. Hacía pasar por comedida cualquier petición viciosa, como si fuera el mínimo razonable que se pudiera exigir, para que él se sintiera culpable y accediera. Pero con Marko, al ruso le habría dado lo mismo estar hablando con una pared.

—Te doy hasta mañana como muy tarde, y esto condicionado a cómo evolucionen las cosas. Si veo que se pone muy feo, levanto campamento y me voy.

—Marko, te juro que hoy sabré algo de mi contacto. Si es que ayer mismo me confirmaron que había recibido mi mensaje, te lo prometo, pero deben estar muy ocupados con un despliegue o algo... Ya ves cómo están las cosas.

El hombre con quien se había compinchado Valery servía en el ejército ucraniano y tenía algo de poder en aquella zona. Podía ser el pasaporte de salida para Marko y Lyudmila ahora que estaban tan cerca de la frontera. El área estaba bajo jurisdicción militar y los movimientos de los civiles se veían muy limitados sin causa justificada o una bolsa repleta de dinero.

—Vendré mañana a la misma hora, si no ocurre nada.

Y sin esperar respuesta se dirigió a la salida. Apenas había cruzado el umbral cuando acertó a oír la incisiva voz de Vera:

—Ah, ¿es que ni siquiera le vas a pedir un adelanto?

***

Tomó una bocanada del aire ya muy viciado por las fogatas. Los rayos del sol comenzaban a incidir en las copas de los árboles más altos. Un bosque de coníferas rodeaba el campamento, y el bello entorno le traía recuerdos de su

Serbia natal. Desgraciadamente, el caos reinante, los refugiados y sus miradas llenas de miedo le traían otros menos agradables. Puso rumbo a su tienda, y de camino una mujer con un bebé en brazos le ofreció sus servicios a cambio de que la tomase bajo su protección, o al menos le diese algo de dinero o comida. El niño estaba desayunando en ese momento, y cuando apartó la cabecita dejó al descubierto un pecho modesto del que caían unas gotas de leche. Deshecho por dentro pero disimulando, entregó algo de limosna a la mujer mientras declinaba la oferta. Siguió caminando acordándose de su madre y su hermana. Fuertes y débiles...

Cuando casi estaba llegando, se cruzó con Yuri y otro hombre que lo acompañaba y que parecía ser trampero también. Barbudo, de hombros firmes y mirada sólida, Yuri era una de las pocas personas vivas con más experiencia aún que Marko en navegar por aquellos parajes. Sus canas eran mudas testigos de sus vivencias. Sin embargo, él siempre había evitado hacer daño a nadie, se mantenía neutral y su actitud ante la vida era de pasiva indiferencia.

—¡Marko! Dichosos los ojos. ¿Qué tal estás? —lo saludó efusivamente.

—Mejor cuando te veo, Yuri. Eres una visión agradable entre tanta desdicha.

—¿Sigues con tus negocios, incluso cuando el mundo se acaba? Eres tan tenaz como una fuerza de la naturaleza.

—Es lo único que sé hacer. ¿Qué, si no? ¿Y tú?

—Poca ganancia queda ya por aquí, casi toda la caza parece estar huyendo también del fenómeno. Habrá que emigrar al oeste. Tampoco es que quede mucha alternativa...

—Yo también marcharé lo antes posible. Estoy pendiente de que Valery me consiga un salvoconducto fuera de aquí.

—¡Me había parecido verte entrar en su tienda! Desconfía de ese gordo tacaño. No es mala gente, pero no se mojaría ni por salvar a su sombra. De todas formas, ¿qué es eso de un salvoconducto? No necesitas ninguno, cualquiera es libre de irse, de hecho están en proceso de empezar a evacuar la zona.

—Ese es el problema —respondió Marko—, donde yo quiero ir es a la frontera.

Yuri abrió la boca, estupefacto, antes de responder. Su compañero también miró extrañado.

—¿A la frontera? ¡Estás fuera de tus cabales! Eso es ir directo a la boca del lobo. Esa cosa avanza del este, y ni tú puedes moverte tan rápido.

—Conseguiré un vehículo si hace falta. Las carreteras aún no están colapsadas, o al menos el sentido de ida. Como tú has dicho, nadie se lo plantearía.

El cazador movió la cabeza, preocupado como si se hallara ante alguien que planea arrojarse a un mar embravecido.

—Marko, te aconsejo que recapacites. Aún estás a tiempo. En todo caso, puede que tampoco tengas otra opción. Esta mañana los militares han dado la orden de no dejar pasar a nadie al otro lado del río. Ya te he dicho que van a evacuar la zona. No se puede cruzar. Por seguridad, dicen.

Esta vez fue Marko el sorprendido.

—¡No tienen autoridad para hacer eso! Cada uno es libre de escoger su destino. Que nos dejen salvarnos o reventar a nuestra manera, ¿qué importancia tiene?

—Ahora mismo, la única autoridad que queda aquí es esa —dijo Yuri, señalando el arma que el otro llevaba colgada—, y ellos tienen muchas más que tú. Lo siento, amigo mío. Pero si de veras te preocupa tu salud, sabrás ver que en el oeste las cosas pintan mucho mejor.

Marko negó internamente. Era demasiado viejo para creer que en ningún sitio atasen a los perros con longanizas.

—Más lo siento yo. Bueno, he de irme. Cuídate, Yuri, te lo digo de veras.

—Practica lo que predicas, camarada. A este viejo aún pueden esperarlo sentados los de ahí abajo —dijo, señalando el suelo con un dedo, y guiñando el ojo.

Con un gesto, Marko siguió su camino. El otro hombre que había permanecido callado hasta entonces se acercó a Yuri y le dijo en voz baja:

—Está loco. Está como una cabra.

—No —bromeó Yuri moviendo la cabeza—, este de cabra sólo tiene las patas.

***

Lo que acababa de oír le había turbado, y optó por dar un rodeo para acercarse al sector donde el pequeño destacamento militar había establecido su cuartel general, si es que se le podía llamar así a un par de tiendas de campaña unidas por los extremos y con un grupo electrógeno y una antena de radio. Ya en las proximidades observó un tumulto y supo que iba en la dirección correcta. Al parecer, las noticias de la evacuación forzosa no habían sido acogidas de buen grado por muchos civiles que, afincados en el campamento desde hacía un tiempo, habían empezado a ganarse la vida de manera regular y ya no querían abandonar su rutina para sumirse de nuevo en la incertidumbre.

Varios hombres elegidos de forma improvisada como portavoces de los refugiados departían acaloradamente con un oficial de mediana edad, con su gorra impecablemente calada en la cabeza acorde a las ordenanzas. Las manos recogidas en la espalda, escuchaba con paciencia a sus interlocutores para a continuación negar con la cabeza, inamovible.

—Son las órdenes que tenemos —repetía como un disco rayado.

Marko se abrió paso entre el gentío. Un refugiado se dio la vuelta enojado y dispuesto a encararse con aquel maleducado que lo apartaba a empujones, pero la sangre abandonó su cuerpo cuando comprobó de quién se trataba.

—Nadie puede permanecer en este área pasado el mediodía. Tienen hasta entonces para recoger sus cosas y ponerse en camino. Podemos proporcionar transporte para los enfermos e inválidos, pero no habrá para todos, me temo.

—¿Y los que quieran cruzar la frontera? —preguntó el serbio.

—Ni hablar de ello. El acceso está cerrado, y nadie puede cruzar el río de todas formas.

—Tengo pensado hacerlo. ¿Van a impedírmelo?

—Mis hombres están apostados allí, y tenemos orden de disparar contra el que desobedezca las órdenes poniendo en peligro la evacuación —espetó el oficial, recitando de memoria un pasaje del teletipo que había recibido aquella mañana sin siquiera pensar en lo que decía.

Marko sabía que había dos cosas imposibles en esta vida: conseguir que lloviese hacia arriba, y razonar con un militar. Se dio la vuelta para el alivio de todos los presentes, y marchó hacia su tienda mascullando entre los dientes acerca de los numerosos estúpidos que poblaban la tierra. Nunca había dejado de cumplir un encargo, pero este amenazaba con ser el primero. Se sentía como una piedra a la que han empujado colina abajo y ya no puede hacer nada más que rodar, como un actor interpretando un papel sobre el que no tiene control alguno. No tener elección le desquiciaba, exactamente igual que cuando había sido soldado.

Entrando en la calle principal, cuando ya había dejado de rezongar, un movimiento de reojo le hizo girar la cabeza y vio a un terrier de patas flacas, sentado frente a la tienda a la cual una cuerda lo ataba, mirarlo con ojos apesadumbrados mientras movía la cola. Desvió enseguida la vista, pero ya era tarde.

El recuerdo de su propio perro le vino a la mente.

***

Había sido durante la guerra. Por aquel entonces Marko era tan sólo un joven taciturno que vivía con su familia en una casa de un pueblo que no pasaba de los cinco mil habitantes. La adolescencia lo había cogido por sorpresa y navegaba por tan difícil época de la vida como buenamente podía, sin respuesta para muchas de las preguntas que afloraban en su mente.

Su entorno no le resultaba de mucha ayuda. Su madre, pasiva y sumisa, volcaba sus atenciones en su hermana recién nacida mientras su padre, una miserable alimaña que parecía odiar al mundo casi tanto como su propia vida, lo utilizaba para desatar toda la tensión que acumulaba. Lo insultaba y reprendía sin tregua, tanto por cosas que había hecho realmente como las que no eran culpa suya, y si no las había se las inventaba; todo le era igual. Se

enfadaba porque replicaba, se enfadaba porque callaba, se enfadaba porque iba, y porque venía, se enfadaba por estar enfadado, en un ciclo infinito y constante, como un cerdo revolcándose en la mierda. De puertas para adentro le pegaba hasta dejar marca, mientras que en presencia de extraños optaba por ridiculizarlo cruelmente, algo que para él era aún peor: los moratones sanaban rápido, las burlas lo atosigaban largo tiempo. A ratos pensaba en matarlo, pero no se atrevía.

El único ser con quien encontraba consuelo en esos momentos, y se podría decir que su único amigo, era Bojan, un sabueso serbio con un carácter antagónico al de su padre: inofensivo como un cordero e incapaz de perseguir siquiera a un gorrión, confiado y cariñoso, nunca tenía bastantes mimos y sufría si Marko se ausentaba diez minutos. Se quedaba inmóvil y cerraba los ojos, concentrándose, mientras este le frotaba detrás de sus orejas gachas durante un buen rato. Nunca había conocido a un animal más fiel.

Tras uno de aquellos interminables días de verano, intentaba conciliar el sueño cuando le pareció oír un ruido afuera. El perro lo había oído también, pues se activó y levantó la cabeza. Segundos después salió de la habitación con ánimo de investigar. Marko lo oyó bajar las escaleras y enseguida vislumbró su oscura figura dando vueltas por el jardín trasero —la puerta de acceso quedaba siempre abierta debido al bochorno—, olfateando. Aquello no le pareció extraño, pues posiblemente se tratase de algún roedor de los que se sentían atraídos por la comida que almacenaban en la choza. Posó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Lo despertaron, ya de madrugada, unos golpes en la puerta y fuertes voces tras ella. Se levantó asustado, y se asomó a la puerta de su habitación para ver en el piso de abajo a su padre que, poniéndose algo de ropa a toda prisa, acudía a abrir. Cuando lo hizo, los miembros de la comitiva que había al otro lado lo miraron con dureza mientras uno de ellos hablaba.

—¡Vaya, Radoslav! Espero que no te hayamos perturbado el sueño. Por un momento pensé que no querías abrirnos.

Su padre pestañeó repetidas veces, intentando aclarar la vista y los pensamientos. Enseguida reconoció a su interlocutor.

—¿Qué cojones pasa, Jovica? ¿Qué es todo esto?

Jovica Starčević era el encargado y administrador de aquella zona. No era el alcalde, pero amasaba poder e influencia debido en buena parte a sus propiedades y a las buenas relaciones que mantenía con la milicia. Era un hombre que a Marko le provocaba aún más respeto que su padre: la suya era una peligrosidad más sibilina.

—Pues nada, simplemente estábamos haciendo una ronda por el pueblo. Nos preocupa la seguridad de todos, como ya sabes. Y resulta que nos hemos encontrado una sorpresita en tu jardín... A no ser que tengas un invitado, y se te haya olvidado decírnoslo.

Su tono era entre burlón e hiriente. No iba armado, pero junto a él Marko pudo ver a varios hombres que sí lo estaban, y ninguno tenía cara de buenos amigos.

—¿Pero qué estás diciendo? No entiendo nada. En la casa estamos nosotros cuatro, nada más.

—Eso me parecía, y así se lo estaba diciendo a estos caballeros... Me temo entonces, Radoslav, que tenéis un intruso.

—¿Quién? ¿Dónde?

Con un gesto, Jovica le indicó que lo siguiera. Más intrigado que temeroso, Marko los siguió afuera, aún en calzoncillos y camiseta de tirantes. Era un grupo armado variopinto; algunos eran soldados del recién constituido VRS, otros pertenecían a los temidos Escorpiones, paramilitares, y llevaban verdugos negros o la cabeza rapada. Finalmente, algunos civiles los acompañaban también en aquella batida portando sus armas particulares de caza. No presagiaban nada más que problemas.

Rodearon la casa y llegaron al jardín trasero. Los que iban en cabeza se hicieron a un lado para dejar ver, antes de pararse con miradas de silenciosa satisfacción como quien exhibe una pieza cobrada. Allí, junto a la caseta, un hombre de rodillas y con las manos atadas a la espalda miraba a su alrededor con ojos de ternero degollado. Gotas de sudor caían por su rostro. Marko entendió enseguida que no era autóctono: era un *bošnjak*, un bosnio musulmán. Seguramente era un fugitivo a quien el conflicto había sorprendido en el lugar equivocado. Viendo las miradas crueles de sus captores, no lo envidió en absoluto: sabía de sobra la suerte que lo esperaba.

—Aquí nuestro amigo Ekrem había decidido pasar la noche en vuestra despensa, o eso parece. Desde luego, no creo que se haya quedado con hambre.

Uno de los soldados escupió al prisionero, fallando el blanco por pocos centímetros.

—Jovica, te juro que no sabía nada —balbuceó su padre, sintiéndose en un compromiso—. No entiendo cómo el perro no nos ha avisado...

Como a propósito, Bojan salió justo entonces de dentro de la choza. Ante la atónita mirada de su padre se acercó al prisionero y, tras olisquearlo, frotó su cabeza contra él como anhelando caricias. Con la lengua fuera y mirada jovial miró a los demás, expectante.

—Bueno, ahí tienes la respuesta, Radoslav. Creo que vas a tener que buscarte otro perro. ¡Este se ha pasado al enemigo! —dijo Jovica con cara de guasa.

El comentario provocó que los presentes estallaran en carcajadas, salvo el bosnio que había palidecido aún más. Marko sintió arcadas e intentó tragar saliva, pero tenía la lengua como un trapo. Su padre no corría peligro de que su lealtad fuese puesta en duda, pero lo habían humillado, y lo sabía. Para él, la honra y la vergüenza eran conceptos más importantes que el cariño a un hijo o el deber cívico. A su espalda, comprobó cómo sus orejas enrojecían y no encontró difícil imaginar su cara. Alguien pagaría por esto, y con toda probabilidad sería él.

La partida se llevó a ese pobre desgraciado —quien seguramente ya hubiese desechado la esperanza de salir con vida— hasta un camión aparcado afuera en la calle. Después, tras despedirse, continuaron en su incesante búsqueda de víctimas para saciar una sed de sangre que había fermentado durante décadas. Su padre mantuvo la compostura como buenamente pudo, pero Marko sabía que estaba ardiendo por dentro. Una vez dentro de casa, comentó sin levantar la voz:

—Este estúpido perro no sirve para nada.

Y procedió a pedir a su madre que le hiciera el desayuno. Aquello fue todo por ese día, pero Marko intuía que algo malo se estaba gestando. Durante toda la semana comió sin apetito y tuvo los nervios a flor de piel,

con la espada de Damocles sobre su cabeza, preguntándose cuándo descargaría el golpe. Por fin, a la semana siguiente, su padre lo llamó desde el salón.

—Marko, ven aquí.

Obediente, se acercó y quedó a la espera, centrándose en controlar la respiración para que no se notase que estaba temblando.

—Tu perro es absolutamente inútil. No vale para cazar, ni como guardián. He consentido que lo mantuvieras porque sé que te gustaba, pero todo eso se acabó. Ya tienes catorce años, ya eres un hombre. Quiero que te dejes de todas esas mariconadas y actúes como tal, ¿me has entendido?

Asintió con la cabeza, sabiendo que si hablaba le fallaría la voz, y eso sólo lo empeoraría todo.

—Iba a matarlo yo mismo, pero he decidido que lo mejor es que lo hagas tú. Así me demostrarás que todavía no es demasiado tarde y que aún puedes redimirte. No quiero oír ninguna protesta por tu parte.

Parecía como si hubiese estado ensayando su discurso y lo recitara con orgullo.

—Vas a matar tú al perro, ¿me has oído?

—Pero papá, ¿no pued...?

Antes de que acabase la frase, su padre lo tumbó de una bofetada. Lo miró iracundo.

—¡He dicho que no quiero oírte! No quiero que mi hijo salga hecho un asqueroso maricón. Te vas a cargar al puto perro, te guste o no, porque ya he tenido bastante.

Desde el suelo, Marko lloraba en silencio sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Déjate de lloriqueos. Tu madre va a llegar dentro de poco y no quiero que te vea así. Vas a coger al perro ahora mismo y te lo vas a llevar bien lejos, al bosque. Allí, lo matas con tus propias manos. No pienso darte ningún arma. Hazlo a pedradas si hace falta. ¿Entendido?

Lo levantó por los hombros y lo empujó hasta la puerta, donde Bojan esperaba ajeno al drama, moviendo la cola.

—Si no eres capaz de hacerlo, no te molestes en volver. No quiero débiles en esta casa —afirmó, lapidario, antes de cerrarle la puerta en las narices.

Aún lo oyó gruñir un rato, el tiempo que permaneció allí de pie sin saber qué hacer, mientras el perro se erguía y apoyaba las patas delanteras en su costado para llamar su atención.

Indeciso, echó a andar hacia el bosque, más por alejarse y ganar tiempo para pensar que por otra cosa. El animal lo siguió fielmente, en ocasiones cruzándose entre sus piernas y provocando que perdiera el equilibrio con tal de no pisarlo. Estaba excitado con la anticipación de lo que seguramente fuera a ser una sesión de juego, o un paseo por la naturaleza, como tantas veces habían hecho juntos. Pasaron los minutos de aquella tarde soleada hasta que se encontraron solos en mitad del campo, Marko sin haber asimilado del todo lo que le ocurría. Se sentía el joven más desgraciado del mundo, pero entonces recordó al bosnio, cuyos huesos seguramente reposaran ya calcinados en una fosa común. Desde luego, no era un mundo para débiles.

Se internaron en la espesura. Él intentaba estirar el tiempo lo máximo posible pero sabía que no le quedaba alternativa. No se sentía capaz de abandonar su hogar y ganarse la vida solo, ni mucho menos de enfrentarse a su padre. Pero cada vez que pensaba en lo que tenía que hacer se le formaba un nudo en el estómago. No quería matar a su perro, pero este lo seguiría por siempre, inmune al desaliento, y no podía volver a casa con él. Evocó las palizas que ya había recibido en el pasado. «Sólo es un perro», pensó. «Ya soy un hombre.»

Buscó por el suelo y cogió una piedra. La sostuvo en la mano, mirando los ojos alegres de Bojan, que siguió golpeándolo con las zarpas, nervioso, para animarlo a jugar. Continuó así un rato, sin reunir el valor necesario para proceder. Luego pensó que tal vez podría limitarse a abandonar al perro allí. Si él no lo mataba, podría tener una oportunidad de sobrevivir en libertad. Sabía que había perros salvajes por la zona. Pero sólo se engañaba a sí mismo.

—Bojan, lo siento mucho, lo siento de veras.

Se agachó y abrazó al perro, quien se limitó a lamerle la oreja. Lo acarició mientras intentaba excusarse, como si él pudiera entenderlo, a pesar de que los sollozos apenas lo dejaban hablar.

—Tienes que quedarte aquí, ¿vale? No puedes volver conmigo. Quédate aquí. ¿Sí?

El animal, obediente, se sentó y quedó expectante. Marko se dio media vuelta y comenzó a alejarse. No había recorrido veinte metros aún cuando notó su roce en la espalda.

—Bojan, no puedes venirte conmigo. ¡Quieto!

Pero fue inútil, no se separaba de él. Lamentó no haberse acordado de traer la correa, con la que podría haberlo atado a un árbol. No sabía cómo hacerle entender que ya no lo quería más consigo. Para el perro, Marko era todo su mundo y no concebía la vida sin él.

Volvió adonde había dejado la piedra y la recogió. Quizá pudiera espantarlo haciéndole daño. La blandió amenazante, pero Bojan entendió que quería jugar a pillar y se alejó unos metros, dándose la vuelta para hacer ver que estaba listo. Marko la arrojó, con desgana, y cayó bastante lejos. Mientras buscaba otra, el perro, extrañado de que no fuese una pelota ni un palo, la olió. Probó suerte otra vez. Falló también, pero el perro, ingenuo, quiso atraparla en el aire, golpeándose en el hocico. Gimió un poco, lastimoso, creyendo que había sido culpa de su torpeza y en ningún momento pensando que su dueño, a quien tenía en un pedestal y amaba con locura, hubiese pretendido causarle un mal. Él jamás habría sospechado eso.

Esto rompió el corazón de Marko, que se dio la vuelta y echó a correr hacia el pueblo. A intervalos regulares, se detenía y arrojaba otra piedra, o cualquier cosa que se encontrara, pero Bojan continuaba en pos de él insistente, aunque mirando ya algo extrañado por su comportamiento y convencido de que el chico estaba enfadado con él por algo malo que había hecho. Cuando ya casi se había dado por vencido, tuvo una idea: el río.

Había un pequeño embalse algo más allá del bosque, un poco lejos del pueblo. Era zona de baño frecuente en verano, con muchas familias que acudían a pasar el día cargados de cestas de comida. Pero el río que en él afluía pasaba, serpenteante, por muchos terrenos de vegetación densa y algunas orillas muy escarpadas. Bojan tenía pánico al agua y era incapaz de nadar, ni siquiera soportaba la visión de una bañera llena. Si conseguía llevarlo hasta allí y cruzar, el perro no podría seguirlo.

Así lo hizo. Tras una buena caminata intentando como buenamente podía ignorar al animal que plañidero seguía tras sus pasos, llegó hasta la zo-

na y cruzó a duras penas la barrera de arbustos, arañándose los brazos. Se quitó las zapatillas de deporte, ató los cordones entre sí y se las colgó del cuello antes de cruzar a nado. El agua estaba muy fría y la corriente era traicionera si se perdía pie. Ya al otro lado, se calzó de nuevo y al levantar la vista vio al perro, confuso, acercarse con dificultad a la orilla, alargando una pata hacia el agua con vacilación antes de retirarla enseguida. Se quedó allí mirándolo compungido, sin entender.

Marko lloró largo rato, sentado en la orilla, hasta que se quedó sin lágrimas. Lloró por él mismo, por su infancia desgraciada, por su dócil madre, por su pobre hermana nacida de forma prematura que seguramente no viviría lo suficiente para aprender a caminar. Lloró por la basura humana que era su padre, por todos los hombres crueles como Jovica que poblaban su país y lo hacían trizas, por el bosnio muerto, por todos los que estarían haciéndole compañía en su tumba, y los que vendrían. Y sobre todo lloró por su perro, de quien sabía que nunca sería capaz de volver al pueblo por sí solo ni sobrevivir sin su ayuda, inútil e inofensivo como era. Lloró al ver que el perro lloraba también, viendo sufrir a su amo, pero incapaz de ir a consolarlo lamiéndole la cara como siempre hacía. Deseó morir allí mismo, perdido en mitad de aquel bosque, sin que nadie encontrase jamás su cuerpo ni se acordara de él, antes que tener que seguir soportando toda aquella mezquindad. Temblaba de frío y rabia.

Cuando no pudo soportar más la visión del afligido animal, se levantó y corrió sin rumbo buscando salir de aquel asqueroso bosque. Bojan lloró desesperado, suplicante, y sus aullidos rebotaron por los troncos de los árboles creando una cacofonía infernal imposible de aguantar. Siguió corriendo, tropezando varias veces, y el sonido se fue escuchando cada vez más apagado hasta desaparecer. Ya en la linde del bosque, sin aliento, se apoyó en el suelo y vomitó de puro asco al darse cuenta de lo que acababa de hacer, y comprender que había cruzado una línea de la cual no habría vuelta atrás. Se odió a sí mismo, preguntándose en qué se había convertido.

Caminó de vuelta al pueblo, adonde llegó cuando ya había anochecido. Intentaba no pensar en nada, porque tenía miedo de volverse loco. Entró en casa y, ante el interrogatorio de su preocupada madre, respondió que se había

encontrado mal y que no quería cenar. Su padre callaba, sentado en el sillón, fingiendo que leía pero escuchando con interés. Subió a su cuarto, cerró la puerta y se tumbó en la cama sin siquiera desvestirse, permaneciendo boca arriba y con la vista fija en el techo durante varias horas. Deseaba dormirse y despertar al día siguiente para encontrar que todo aquello no había sido más que una espantosa pesadilla, y que su perro estaría ahí, encogido para caber a su lado en una cama demasiado pequeña para los dos, como cada mañana.

Su padre, inquisitivo, mostró dudas de que realmente hubiera matado al animal. Pero, viendo los arañazos que tenía en sus extremidades, y comprobando que los días pasaban sin que Bojan volviera a casa, quedó convencido. Por dentro se cuestionaba si no habría sido demasiado duro con el chico, pero no dijo nada.

Marko no volvió a ser el mismo.

***

Aquel recuerdo le había dejado mal cuerpo como todas las veces anteriores, pero sabiéndose observado, adoptó una expresión de dureza para mantener su imagen. Llegó a su tienda sin que su humor hubiese mejorado. Lyudmila estaba ya fuera, sentada sobre una esterilla y una lona doblada, preparando sonriente el desayuno. El olor del café recién hecho y los ojos vivarachos de la joven lo animaron un poco.

—Toma —le dijo, alargándole una taza humeante con sus manos enfundadas en unos guantes de mitón. El flequillo rubio le caía sobre un ojo, y sopló para apartarlo.

—Gracias, Bratislava —respondió él, aspirando con ganas el aroma y dando un sorbo con cautela. La había llamado aposta por su segundo nombre, que ella odiaba por considerar que sonaba «horrible». Replicó a la pulla sacándole la lengua mientras cerraba los ojos.

—Ya he recogido y empaquetado mi saco, y el tuyo también. También he empezado a preparar las mochilas por si nos vamos hoy. Ah, y le he preguntado a la señora Voloshina si tenía cerezas, ¡y me ha dado una bolsa en-

tera! —informó orgullosa, contando con los dedos para asegurarse de que no se dejaba nada.

—Parece que no voy a tener que abandonarte en el bosque después de todo.

Se arrepintió enseguida de haber hecho ese comentario.

—Eres bobo.

Desayunaron con apetito, disfrutando de unos momentos de calma. La chica estaba parlanchina, hablaba y hacía preguntas mezclando temas diversos, y él se dejaba llevar buscando quitar de su cabeza todo lo malo. Al acabar, empezaron a recoger todo mientras Marko le anunciaba el cambio de planes.

—Vamos a tener que marcharnos dentro de unas horas. Quiero intentar cruzar hoy la frontera. A este campamento no le queda mucho.

Ella asintió obediente, ajena a la gravedad de la situación. Con trece años, las cosas aún se evaluaban desde una perspectiva más inocente. Tanto mejor. Justo cuando iba a añadir algo más, oyó un alboroto lejano pero de volumen creciente, como aproximándose. Parecían gritos, y una bocina. Se le erizó la piel mientras se erguía para otear. Aun subido a un tocón no pudo distinguir nada, así que agarró su arma con una mano mientras con la otra señalaba a Lyudmila, que ya se alejaba para ir a lavar los cacharros.

—Voy a averiguar lo que pasa, ve preparando todo por si hay que salir rápido.

Asintió de nuevo sin alterar el semblante. Marko avanzó rápido hacia el origen del bullicio encontrando sólo un caos progresivamente mayor. La gente desmontaba con premura sus tiendas, y los que no tenían una corrían ya con todo a cuestas. A unos cientos de metros, vio venir un vehículo con varios soldados a bordo, tocando insistentemente el claxon mientras gritaban a todo aquel que se les cruzaba.

—¡La negrura se acerca, ya está casi aquí! ¡Avanza más rápido de lo que se creía! ¡Abandonen el campamento y pónganse a salvo hacia el oeste! ¡Repito, evacúen el campamento YA!

Como para darle fuerza a sus argumentos, ante la mirada de los refugiados que se quedaban parados como imbéciles indecisos, comenzaron a realizar disparos individuales al aire. Esto acabó de extender el pánico inicial, y

pronto el campamento se transformó en un remolino de almas agitadas que, tras recoger urgentemente los enseres que podían, comenzaban a correr en direcciones a veces opuestas. Marko, intentando no ser arrollado en medio de todo aquello, procuraba instaurar algo de sentido común, sin éxito. Se le quedaban mirando como pasmarotes, con ojos inundados de terror, y tras murmurar alguna incoherencia —cuando no lo ignoraban directamente o lo apartaban con un empellón—, continuaban su huida. Esto le recordó escenas de un documental que había visto en su infancia, con una manada de búfalos huyendo de un fuego en la sabana. A eso se reducía el comportamiento del ser humano en situaciones de crisis: a ser un animal de nuevo.

Marko regresó adonde había dejado a la chica usando puntos característicos del terreno para orientarse, puesto que el campamento era ya irreconocible. La encontró desmontando la pequeña tienda, plegando un manojo de varillas.

—¡Déjalo, no hay tiempo! ¡Tenemos que irnos ya!

—¡Pero Marko, no podemos dejarla aquí, es nuestra tienda!

—¡Da igual! Nuestras vidas son más importantes —contestó, al tiempo que cogía su mochila y se la colgaba a un hombro. Pero la niña hizo caso omiso y, tras ponerse la suya, intentó recoger lo demás y hacer un bulto con ello. Marko, exasperado, lo aseguró todo dentro de la bolsa de la tienda y la enganchó por las hebillas a las bandas frontales de ella. Después, la apremió a empujones para que empezase a correr.

—¡Vamos, hacia el puente!

Confiaba en que el caos reinante les permitiera colarse por la frontera sin ser estorbados. Y en efecto, los pocos militares que había se las veían y se las deseaban para controlar a una muchedumbre que ya no atendía a ninguna orden más que las dictadas por su instinto de supervivencia. Completamente superados por la situación, ahora eran ellos los que se quedaban de pie titubeantes e impotentes para detener a un caudal humano que desbordaba por cualquier lado que no opusiera resistencia.

Se movieron por la orilla usando la vegetación como cobertura, y llegaron hasta la parte inferior de la estructura, donde un suelo enrejado suspendido sobre el lecho pedregoso unía los pilares y permitía cruzar al otro lado sin

apenas mojarse. Esta zona solía ser patrullada, pero con la urgencia de la situación la milicia tenía ahora otras cosas en que pensar.

—¡Venga, no te pares!

La mochila con la que Lyudmila cargaba era poco más que la mitad de la que tenía Marko, pero la espigada joven estaba resoplando por el esfuerzo de la carrera. Por fortuna, no quedaba mucho ya. Subieron lentamente por la empinada ladera al otro lado del río. El guía serbio inspeccionó los alrededores y vio una oportunidad para llegar hasta el bosque, único obstáculo restante entre la frontera y ellos. Cogiendo a la joven de la mano, cruzaron el claro a tramos, saltando de cobertura en cobertura, y se plantaron allí sin incidentes. A lo lejos se oían disparos aún. Aminoraron la marcha.

—Ahora vete con cuidado, no vayas a torcerte un tobillo o...

Se calló. Había divisado algo entre los árboles, unas figuras confusas. Tras varios segundos comprendió que eran hombres con ropa de camuflaje. Puso la mano sobre la cabeza de la chica y empujó hacia abajo para que se tumbara, haciendo él lo mismo. Se acercaron más y maldiciendo le quitó el seguro a su fusil, pegando la cara al suelo para disminuir su silueta. Pero su desazón se tornó en alivio al comprobar que aquellos que se acercaban no portaban armas. Corrían de manera anárquica desoyendo las órdenes que alguien gritaba detrás de ellos. Habían desertado.

Libres de toda amenaza, se pusieron en marcha de nuevo. No habían recorrido aún cien metros cuando se lo encontraron de sopetón. El oficial del campamento.

Había perdido la gorra. Tenía una pistola en la mano, y deambulaba con ojos borrosos, confusos. Se quedaron inmóviles y él, tras percatarse de su presencia y levantar la cabeza muy lentamente, como si le pesara, los miró con extrañeza. Lo hizo durante unos instantes que al serbio se le antojaron eternos, completamente ignorante de lo que el otro iba a hacer. Entonces, el hombre sonrió tristemente y se llevó el arma a la sien, y Marko tuvo el tiempo justo para taparle los ojos a la niña antes de que apretara el gatillo.

***

Lyudmila tarareaba algo que parecía una canción infantil, mientras con gran habilidad terminaba de dar los últimos retoques al colgante que se había estado haciendo, y tomaba un poco el sol a pesar de las advertencias de Marko, que no quería llamar demasiado la atención. A su lado, las mochilas y demás bultos estaban cubiertos por un poncho de tela mimética boscosa, con unas cuantas ramas por encima para terminar de dar el pego. Aquello dificultaría su localización desde el aire en caso de que los rusos estuviesen controlando la zona. Varios metros delante de ella, el corpulento guía inspeccionaba el horizonte con unos prismáticos, contento al no descubrir patrullas fronterizas ni ninguna otra clase de actividad humana. Si la cosa no se torcía, era posible que consiguiera llegar a tiempo a su cita con los hombres de Sokolov, quienes se harían cargo de la chica.

—¿Por qué crees que aquel hombre hizo eso?

La pregunta lo pilló por sorpresa, y frunció el ceño unos segundos, pensando. ¿Cómo explicar a alguien tan inocente los motivos que podían llevar a una persona a quitarse la vida de esa forma?

—Supongo que perdió la esperanza. No veía ninguna salida. A mucha gente le pasa.

—Son tontos. Si sigues vivo, siempre hay una esperanza.

Bajó los prismáticos y se giró, atónito por aquella muestra de raciocinio y sentido común. No era la primera vez, tampoco.

—Aunque lo pierdas todo, siempre te tienes a ti mismo. Morir sí que no tiene arreglo.

Seguía hablando sin desviar la vista de su colgante, como sin prestar atención a lo que decía, de manera completamente casual. A veces, los niños son los que dicen las verdades más grandes, pensó Marko.

—Hay veces que puede ser muy difícil. Cuando te han quitado lo que más querías.

—Si de veras lo querías, entonces habrás hecho lo que podías para no perderlo.

Sintió una presión en la garganta. Aquella niña lo desarmaba por completo, no era como los demás. Era la despreocupación personificada. Mirándose sus callosas manos, manchadas de sangre metafórica (y en ocasio-

nes literal), la comparó consigo mismo, viendo cuánto podría haber aprendido de ella en caso de haberla conocido antes. Ojalá hubieran crecido juntos.

—¿Queda mucho para llegar adonde vamos? —añadió, cambiando de tema de repente como quien no quiere la cosa.

—Sí, bastante. Espero que podamos conseguir un vehículo, marchar hasta allí es inviable. Sobre todo contigo.

—Eres idiota. Soy tan fuerte como cualquier chico, ¡y lo sabes! —pronunció el «sabes» a dos tiempos, recalcándolo, y mirando a su ángel guardián mientras reía.

—No te lo tengas tan creído. Tu mochila pesa mucho menos.

—Eso es porque he vivido menos que tú, y tengo menos cosas.

«También menos recuerdos dolorosos», pensó Marko.

—Tengo ganas de volver a ver a mi familia. ¿Tú los conoces?

Algo se revolvió en sus entrañas. Volvió a preguntarse si estaba haciendo lo correcto.

—No. No los conozco.

—Nos separamos por culpa de todo esto —hizo un gesto difuso, señalando a su alrededor en general—, pero estos señores han sido muy amables para que podamos volver a juntarnos. Espero que mis padres estén bien. Deben estar sufriendo mucho por mí. Son muy buenos.

Trató de desviar la conversación a otros derroteros, pero ella no estaba por la labor.

—¿Tú tienes familia, Marko?

Su familia. Apoyó una mano en el suelo y se sentó, con las piernas cruzadas. Se había cambiado de apellido tiempo atrás.

Hacía muchos años desde la última vez que los había visto. Desde aquella noche...

***

Había pasado un tiempo desde lo del perro. Marko rondaba los diecisiete. Aún no había terminado de crecer, pero ya le sacaba una cabeza a su padre, y con cada día se hacía más fuerte también, casi sin darse cuenta. El resto de

chicos sí lo habían notado, y ya habían desistido meses atrás de pelearse con él. Nunca terminaba bien para ellos.

Su carácter se había endurecido, pasando de ser simplemente tímido y reservado, a estoico y circunspecto. Hablaba muy poco y prefería solucionar los problemas con una mirada amenazante. Su paciencia de antaño había sido sustituida por una severidad a veces violenta e inflexible. Ya no tenía tolerancia para las estupideces de los demás, ni concedía margen alguno. Todo aquello había quedado atrás.

Su padre había acusado los cambios y cada vez se controlaba más, dubitativo. Llevaba bastante tiempo sin ponerle una mano encima, refrenando sus impulsos. Su madre, por otra parte, achacaba todo esto a la fase de entrada en la madurez por la que todos los jóvenes pasaban a esa edad, y seguía queriéndolo como de costumbre en las escasas ocasiones en las que Marko se dejaba. Su vientre comenzaba a notarse algo abultado: tras superar el trauma por la pérdida de su hermana, habían decidido volver a probar, aunque ya no eran jóvenes, con la convicción de que Dios no podía ser tan cruel una segunda vez.

Un fin de semana de marzo cercano a la primavera, Marko se encontraba solo en casa leyendo *La muerte de Iván Ilich*, que había descubierto por casualidad en la estantería. Llovía copiosamente y no había podido salir a entrenar, y estaba algo inquieto. Cada vez pasaba más tiempo fuera de casa, asiduamente en malas compañías, y llevaba unas semanas planeando fugarse y vivir por su cuenta, harto del hostil ambiente, de la guerra y sus estragos, de lo pequeño que el pueblo se le estaba quedando. Había ganado ya algún dinero haciendo encargos sencillos, y cada vez disfrutaba más de la vida al aire libre, llegando a pasar días enteros durmiendo en el bosque. Conocidos que habían servido en el ejército le habían enseñado unas cuantas cosas, y su lista de contactos aumentaba poco a poco a medida que iba descubriendo quién controlaba realmente el mundo: la gente que tenía el dinero. Y se había jurado a sí mismo que jamás estaría en la base de la pirámide, con todos los que son pisoteados. Nunca nadie le impondría sus normas.

Oyó la puerta y los pasos de su padre, así como sus murmullos. Llevaban casi una semana solos, pues su madre atendía la invitación de una amiga

de la universidad que le había ofrecido pasar unos días en su finca. Se ignoraban como malamente podían, y la mayor parte del día ni se dirigían la palabra, mirando cada uno por sus necesidades sin pedir la ayuda del otro. Por lo demás, seguía siendo una peste constante.

—Qué puto asco de día.

Marko conocía muy bien ese tono. Tampoco el sonido del portazo le fue novedoso. Eran los típicos signos indicativos de que llegaba con ganas de bronca.

—Y aquí está el señorito, tan a gusto.

Siguió leyendo sin inmutarse. Lo mejor en estos casos era ignorarlo.

—Mírame cuando te hablo.

Marko dejó el libro a un lado y clavó sus ojos en él, sin alterar el rostro. Por dentro una chispa surgió, y algo empezó a acumularse.

—Con todo lo que he hecho por ti, lo menos que podrías hacer es estar agradecido en vez de portarte como un niñato egoísta.

No hablaba, escupía casi. Arrastraba un poco las palabras. Marko supuso que venía de estar con sus amigos en el bar. Apestaba a tabaco.

—Obren me ha dicho que casi no apareces por clase, y que sacas una mierda de notas. No como su hijo, por supuesto, que va de los primeros. Así que estoy pagando para que te fumes las clases, ¿no?

Se iba acercando cada vez más. Estaba calado y las gotas caían de su pelo. Tenía los ojos levemente enrojecidos.

—Y encima, tener que soportar que me lo diga delante de todos, y yo ahí sin saber qué decir, porque no tenía ni idea. Menudo ridículo he pasado.

Eso era lo peor para él, pensó Marko. Seguro que no le habría importado escuchar que su hijo era drogadicto, con tal de que se lo dijesen en privado. Pasar vergüenza le mortificaba.

—Pero, ¿a ti te importa tres cojones, verdad? Y además, un gamberro, rayándole la bici a un compañero, por hacer la gracia.

Aquello no era verdad. Marko nunca se metía con nadie si le dejaban en paz. El responsable era un chico que iba a otra clase, pero no se molestó en corregir a su padre. No se lo merecía. Además, tal vez así se muriese antes. Había leído en el periódico que la gente con mal humor podía sufrir un

infarto. No obstante, él mismo se estaba empezando a sentir acalorado, y descubrió que estaba apretando la mandíbula y los puños.

—Esto me pasa por intentar tratarte como a una persona. He sido demasiado bueno contigo. Llevo mucho tiempo sin darte un correctivo, y se te ha subido a la cabeza. Pero no te preocupes, que todo eso se acabó.

Se quitó el abrigo y lo tiró al suelo con fuerza. La postura que adoptaba cuando se enfadaba le recordaba a un simio, y le resultaba patética.

—¡Levántate! Te voy a dar lo que mereces.

Marko obedeció. Seguía impertérrito, pero notaba los latidos en sus sienes. Su vista se comenzó a teñir de rojo.

Su padre avanzó hasta él y le dio una bofetada con ganas. Lo hizo con torpeza, y para el joven no fue más que un cachete suave. Pero algo saltó dentro de él como un resorte, y ya no hubo vuelta atrás. Sin pensar, cerró la mano y lanzó un puñetazo describiendo una suerte de movimiento circular que impactó de lleno en la ceja de su padre. Este cayó al suelo boca abajo como si lo hubiese alcanzado un rayo, tocándose incrédulo la zona dolorida, con la boca abierta. Lo miró perplejo. En la cara de Marko vio algo muy sombrío.

—¡Hijo!

No escuchó. Apenas su padre se había levantado volvió a pegarle, más fuerte esta vez. Se fue de espaldas contra el sofá agitando los brazos al aire. Trató de ponerse en pie, y otro puñetazo lo mandó al suelo de nuevo.

—¡Por favor!

Se arrodilló junto a él y siguió desencadenando una lluvia de golpes. Su padre intentaba protegerse la cabeza como podía, sin mucho éxito. Su rostro comenzaba a evidenciar las marcas de la brutal paliza. Empezó a lloriquear, en vano. Marko desató la rabia y la furia acumuladas durante años, como si las hubiese estado atesorando para ese momento concreto.

—¡HIJO, POR FAVOR NO!

Cuando los puños comenzaron a dolerle, se levantó y continuó con patadas. Las daba con impulso casi, apoyando todo su peso en una pierna, y sonaban de manera espeluznante. Era como darle a un saco de boxeo caído. Si hubiese podido ver su cara en ese momento habría observado el diablo en persona. Unos instantes después comenzó a cansarse y a pegar más flojo y

con menos frecuencia, hasta detenerse. No era suficiente aún. Quería matarlo, quería coger un palo y abrirle la cabeza, salpicar sus sesos por toda la casa.

Su padre se puso a cuatro patas. Tenía la cara hinchada y llena de moratones. Un hilillo de sangre y baba le caía de la boca, hasta un charco carmesí en el suelo donde un solitario diente sobresalía. Lloraba desconsolado. Marko nunca había visto llorar a su padre antes. Aquella visión lo acongojó por dentro, y le hizo sentir miserable.

—Tú no eres mi padre.

Miró a su alrededor, y se dirigió a la cocina en busca de un cuchillo. Pero de camino vio la foto de su madre en la mesilla junto a la lámpara, y se quedó parado unos instantes. Tomó una decisión y subió corriendo a su cuarto. Allí agarró su mochila, que siempre estaba preparada, la puso sobre la cama y se afanó en rebuscar en los cajones y el armario en busca de cosas que pudieran hacerle falta. Cogió todo el dinero que había ahorrado. El dinero era lo más importante para sobrevivir en este mundo. Luego levantó la vista y advirtió sus peluches de cuando era niño, los cómics que tantas horas de escapismo le habían proporcionado. Sus pósteres deportivos. La pelota favorita de su perro. Bojan...

Del piso de abajo continuaban llegando los sollozos, algo más débiles ahora. No podía más. Terminó de meter lo que necesitaba, cerró bien la mochila, y se la echó a la espalda. Empezó a notar húmedos los ojos. Miró a su alrededor, despidiéndose de todo lo que había sido su infancia y su juventud. Se miró al espejo y no se reconoció. Ahora ya era un hombre. Tenía que dejar todo aquello atrás.

Bajó las escaleras despacio, recordando los pocos momentos felices que había vivido en aquella casa. Su padre lo miró destrozado. Seguía en el suelo.

—Hijo, por favor, no te vayas.

No se detuvo. Pensó en su madre, y en lo mucho que sufriría al oír la noticia. No se lo merecía, pero no había otra alternativa. Su máscara de indiferencia, por aquel entonces no tan entrenada, se quebró y empezó a llorar también en silencio.

—Hijo, lo siento, lo siento mucho, te pido perdón.

Llegó al piso de abajo y caminó hacia la puerta. Su padre, cojeando, intentó impedirlo. Más que los golpes de Marko, tenía el aspecto de un hombre al que la vida ha vapuleado repetidamente sin dar oportunidad para alzarse. Estaba completamente roto.

—¡Hijo, te quiero!

Marko lo empujó con desgana para quitarlo de en medio y cayó hacia atrás. Su padre hipaba y chillaba ahora desconsolado, casi sin poder hablar, al comprender que ya era demasiado tarde. Había hecho algo irreparable.

—¡POR FAVOR, PERDÓNAME!

Salió a la calle y la lluvia lo golpeó en la cabeza, pero ni se alteró. Su padre trató de cogerlo por la pierna, pero tropezó y falló. La separación entre los dos se fue incrementando poco a poco.

—¡HIJO, PERDÓNAME! ¡TE LO SUPLICO! ¡LO SIENTO, DE VERAS!

Aparecieron luces en algunas ventanas. Varios vecinos, alarmados por el escándalo, echaban vistazos fuera para averiguar qué era lo que pasaba. Marko siguió avanzado, sintiéndose muerto por dentro. Recordó los aullidos de su perro y deseó echar a correr para dejar de oír todo cuanto antes. Su padre no se rindió, y renqueante cruzó el jardín en pos de él.

—¡TE QUIERO, HIJO!

Llegó a la salida del pueblo, calado hasta los huesos, y se metió detrás de un seto. Allí lloró con ganas, un buen rato, hasta que tuvo bastante. Cuando acabó se enderezó, y se hizo la promesa de no volver a llorar jamás. Salió a la carretera de nuevo, enfiló el arcén, y se perdió en el tiempo y en la distancia.

***

La chica se acercó a él y le tocó el hombro. Llevaba mucho rato quieto, callado, mirando al frente. No se había dado cuenta.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Extendió la mano y le rozó la mejilla, por donde una solitaria lágrima caía. Tampoco se había dado cuenta de eso. Esta crisis lo estaba trastocando

todo por completo. Las cosas habían cambiado, y lo habían arrastrado consigo.

Sin decir nada se sentó a su lado y lo abrazó con fuerza, para reconfortarlo. Se quedaron así un rato, con el mundo parado a su alrededor. Su calor rivalizaba con los rayos del sol.

—Si no tienes, puedo ser tu familia, Marko —dijo sin abrir los ojos.

«Sólo te traería desgracias», pensó. Y después juró, que no cumpliría ese contrato.

***

Había algo raro en el ambiente, y hasta entonces no había tenido muy claro el qué. Era el silencio. Normalmente, la naturaleza posaba siempre ruidosa, los bosques estaban llenos de cantos de pájaros, crujidos de ramas, indicios de vida. Todo aquello había desaparecido y no se oía absolutamente nada, sólo un silencio sepulcral. Era enervante.

—Algo no marcha bien.

Se encaramó a una pequeña loma. Allá a lo lejos seguía sin ser evidente movimiento alguno, pero los detalles no concordaban. Parecía que se acercase una tormenta, pero apenas había nubes y el astro casi ni había iniciado su descenso. Su instinto le advirtió que corriera. Los animales parecían haberlo hecho ya.

—En pie. Hemos estado parados demasiado rato.

—¿Nos persiguen?

—Sí, pero no tengo muy claro el qué.

Recogieron todo y guardó el poncho, doblándolo con prisas y mal. Recordó las palabras de Yuri. Viene del este, le había advertido. Ni siquiera tú puedes moverte tan rápido. Tuvo el pálpito de que quizá fuese demasiado tarde.

—¡En marcha!

El terreno era moderadamente llano, y progresaron a buen ritmo. Marko portaba el mapa en una funda transparente colgada del cuello, al igual que la brújula, pero tenía una noción muy clara de hacia dónde ir. Con relativa

frecuencia se daba la vuelta y caminaba unos pasos hacia atrás mientras chequeaba el horizonte. Y cada vez que lo hacía le gustaba menos que la anterior. No era capaz de ver muy lejos debido a la espesura, pero allá al fondo le daba la sensación de que algo se estaba tragando el bosque.

—Lyudmila, tienes que intentar acelerar un poco el paso.

Ella resopló. No estaba acostumbrada a mantener esa cadencia, que el serbio con sus zancadas se podía permitir. Pero evitaría quejarse en la medida de lo posible con tal de que él la tomara en serio.

Pasó casi una hora sin que abriesen la boca apenas. Incluso ella, por lo general habladora, parecía estar entendiendo que la situación era grave. Había un aire extraño, una percepción ominosa en el ambiente, de fatalidad. No quería escuchar a su sexto sentido, pero este le insinuaba que era dudoso que viviera para ver otro amanecer.

—Marko, ¿vamos a parar a descansar luego?

—Sí, en cinco minutos.

—Tampoco hace falta, por mí podemos continuar, si quieres.

Sonrió. Ella también tenía su orgullo.

—No pasa nada. Lo estás haciendo bien.

Llevaba un rato sin vigilar. Se dio la vuelta, y se paró en seco, estupefacto.

Nunca había visto algo ni lo más remotamente parecido, y había visto muchas cosas. Ahora entendía por qué lo habían llamado «la negrura». No era en absoluto como una niebla: allí por donde avanzaba, todo desaparecía envuelto en una oscuridad asfixiante, sin más. Se diría que el universo y la existencia acababan allí mismo, en un límite bien nítido y delimitado, más allá del cual la luz no podía traspasar ni existir siquiera. Jamás había encarado algo tan pavoroso.

—¡Lyudmila, corre!

Asustada se dio la vuelta, y cuando ojeó aquello chilló y salió como un cervatillo que ha visto las orejas al lobo. Era demasiado incluso para su optimismo innato: aquella negrura era el fin. Varios cientos de metros más tarde comenzaron a aflojar el ritmo. Marko resoplaba como un caballo, y cuando

miraba por encima del hombro le parecía que no estaban ganando terreno, sino todo lo contrario.

—¡Suelta la mochila! ¡Suéltala!

Obedeció enseguida, con alivio. El guía hizo lo mismo y sus hombros y piernas dejaron de gritar, agradecidos. En caso necesario sabía cómo vivir de la naturaleza, pero puede que no fuese a hacer falta si aquello los atrapaba. Trotaron como locos durante una eternidad antes de aminorar de nuevo. Los estaba cogiendo.

—¡Sigue, no te detengas!

Se detuvo y descolgó el fusil, llevándoselo a la cara. Quitó el seguro. No iba a rendirse sin luchar. No apuntó a ningún lugar concreto, pues no lo había: era todo irrealmente uniforme. Hizo un, dos, tres disparos sueltos, sin efecto. Ni siquiera vio aparecer los impactos. Aquello simplemente se tragaba las balas sin rechistar. La chica, al oírlo, se dio la vuelta y se paró también, esperándolo.

—¡Marko, no!

—¡Sigue! ¡No pares!

Vaciló, reacia a abandonarlo allí.

—¡No quiero dejarte!

—¡Vete! ¡Sálvate tú!

Cambió el selector a automático y terminó de vaciar el cargador, con el mismo resultado. Sacó otro lleno de la cartuchera.

—¡Lyudmila, corre! ¡SÁLVATE!

Ella le hizo caso por fin, con fastidio. Siguió mirando hacia él de vez en cuando, pero Marko no lo vio: tenía problemas más acuciantes. Enseguida agotó la munición. Se quitó la correa y dejó caer el arma, inútil. La negrura estaba casi al lado y se le aparecía gigantesca como un tsunami. Corrió otro poco, hasta quedarse sin aliento. La chica aún seguía, por suerte. Por lo menos, que se salve ella, pensó. Desolado, se dio la vuelta.

Rememoró gran parte de su vida, meditando que aquel no era el fin que se había imaginado. El muro estaba tan cerca que pronto podría tocarlo. Por primera vez en mucho tiempo, tuvo miedo. Se tapó la cara.

La negrura lo engulló.

***

Lo que vino después fue muy confuso.

Marko siempre había dado por hecho que, después de morir, se despertaría rodeado de fuego y azufre, o de tierra, o simplemente no se despertaría. Eso no fue lo que pasó. Cuando recuperó la consciencia pudo notar el cansancio, palpar el suelo, oler un ambiente frío y estéril, y oír unos sonidos que no terminaba de ubicar. Era como si sus sentidos aún siguieran funcionando en la otra vida. Pensaba que flotaría, o que sería incorpóreo, pero se tocó las extremidades, y cuando se puso de pie lo hizo con pesadez, y la gravedad era la misma. Igual que en la tierra.

Giró sobre sus talones, intentando obtener una pista de su ubicación, y quedó desconcertado al ver que las confusas formas y colores que veía, y los sonidos que escuchaba, parecían moverse a su alrededor de manera independiente a lo que él hiciera. Se asemejaba a llevar un casco puesto, mas se llevó las manos a la cabeza y no encontró nada. Le entró un mareo y estuvo a punto de tener que sentarse.

Al cabo de un rato, las imágenes y los sonidos se estabilizaron y todo se quedó quieto. Una figura se materializó delante de él (si se podía decir así, pues al mover el cuello seguía viéndola) y oyó una voz, muy descompasada y artificial, en su cabeza.

—Marko Jelenić, bienvenido.

No, no la había oído exactamente. Había sido más bien un pensamiento, una idea, casi una imagen. Nadie había producido ese murmullo, pero de algún modo la frase se concretó en su cabeza, como si un interlocutor invisible hubiera compartido con él una noción saltando todas las barreras físicas. Todo aquello lo superaba por completo.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

Le serenó oír su propia voz con normalidad.

—Tranquilo. Todo ha pasado ya. Estás a salvo.

«¿Estoy muerto? ¿Esto es el cielo? No, nunca me admitirían allí...».

—¿Pero dónde estamos?

—Estás en la antesala, donde se realiza la preselección. Aquí es donde se decide si eres apto o no.

«¿Preselección? ¿Me van a juzgar? ¿Estoy hablando con San Pedro?».

—¿Apto para qué? ¿Sigo vivo? ¡No entiendo nada!

—Tu confusión es comprensible, pero no debes alarmarte. Sigues vivo. Aquí es donde se evalúa tu idoneidad como miembro de una sociedad avanzada y justa. Ya es tarde para cambiar nada, lo hecho, hecho está.

Sus respuestas eran como las de un robot. Fuese lo que fuese, Marko tuvo la certeza de que era todopoderoso. No era su amigo, ni su enemigo, estaba muy por encima de él.

—¿Voy a enfrentarme a un jurado? ¿Podré defenderme?

—No es necesario que declares nada. Podemos ver al instante todo lo que has hecho en tu vida.

La figura impresa en su retina transmutó, aumentando de tamaño a la vez que se difuminaba hasta desaparecer. Fue sustituida por imágenes de Marko en diversos momentos de su vida, extrañamente vívidas y materiales. Pocos eran felices. Algo desagradable en su vientre le recordó que su cuerpo seguía allí. Toda su vida... Agachó la cabeza.

—¿Podéis leerme la mente? Si es así, estoy perdido ya... De todas formas os lo iba a decir, no tengo nada que ocultar. Merezco lo que me pase.

—No podemos leer tu mente, Marko Jelenić, pero es innecesario. Llevamos mucho tiempo observando a tu especie. Hemos sido testigos de todo cuanto habéis hecho. Todo ha quedado registrado.

«¿Mi especie? Entonces...».

—¿No sois humanos?

—No. Hemos decidido intervenir antes de que fuese demasiado tarde. Tu especie estaba abocada a la extinción, como le ha sucedido a muchas antes. Habíais perfeccionado el uso de la tecnología, antes de hacer lo propio con vuestra ética. No dominabais vuestras armas y posesiones, sino que era a la inversa.

Vio esta vez imágenes que también conocía de sobra. Era un resumen de los eventos más importantes de la humanidad como podría haber ofrecido cualquier documental. Tampoco había muchos positivos, las guerras ocupa-

ban la mayor parte. Se sintió asqueado de ser parte de ello. Pero la idea de encontrarse en presencia de una inteligencia extraterrestre era una completa locura. Se cubrió la cabeza con las manos, aunque ello no sirvió para dejar de ver las imágenes, tratando de asimilarlo. Cuando volvió a hablar, había pasado más de un minuto.

—Si sabéis todo lo que he hecho, no hace falta decir más... Podéis hacer conmigo lo que queráis.

Rememoró su triste infancia y su juventud, a las que siguió una vida dura marcada por la delincuencia. Sabía de sobra que se le podía considerar malvado. Había hecho daño a mucha gente, siempre buscando la supervivencia, el beneficio, prevalecer ante los demás en un mundo donde los perdedores con frecuencia acababan muertos y olvidados. Había sido tenaz y despiadado, pero no era más que una fachada, y ahora lo veía claro. En el fondo seguía siendo un niño inseguro y asustado, que se escudaba tras una máscara de inclemencia y tras la brutalidad de sus actos como mecanismo de defensa, para que no se metiesen con él. Envidió a todas aquellas personas que había conocido que, aun habiendo vivido penurias iguales o mayores que las suyas, de algún modo habían logrado sacar algo en claro de todo ello y convertirlo en cosas de provecho. Habían mirado a los problemas de frente y trabajado duro para salir adelante, sin recurrir a las mismas atrocidades fáciles de las que se vieron rodeados, y eso tenía mucho más mérito. Marko siempre había soñado con ser así, pero nunca lo había logrado y esto lo martirizaba. Nunca había podido ser realmente fuerte, tan sólo fingirlo.

Había robado, había matado, siempre cerrando su corazón para no tener que pensar en las consecuencias. Había traficado con seres humanos, con refugiados y civiles a los que se les prometía un futuro mejor, cuando no se les arrancaba directamente de los brazos de sus seres queridos. Había cruzado en secreto miles de fronteras moviendo esta mercancía humana, conduciéndolos a las garras de gente como Sokolov, cuyas mafias los usaban como moneda de cambio.

Y Lyudmila, la tierna e inocente Lyudmila. La había escoltado durante semanas, haciendo ver que la protegía, y permitiendo que formase una íntima afinidad con él, ajena a la suerte que la aguardaba, creyendo que la lleva-

ba a reencontrarse con su familia. Habían recorrido media Europa del Este esquivando ese extraño fenómeno. Y fue tan sólo a causa de ello, cuando se derribaron los pilares de su existencia, que entendió que en la vida había cosas más importantes que el poder y el dinero. Nunca había sentido tanto asco de sí mismo. Se habría cortado las venas de tener con qué hacerlo.

—No he sido una buena persona. No soy digno.

Por fin había llegado el momento. Por fin pagaría por sus crímenes y dejaría de ser una carga en la sociedad. Por fin dejaría de vivir como un miserable. Pronunciadas estas palabras, sintió cómo se le quitaba un peso de encima.

—No eres mala persona, Marko Jelenić.

Alzó la mirada, confundido.

—¿Cómo? ¡Sí, sí lo he sido!

—No te han dejado elección. Siempre has hecho aquello a lo que te has visto obligado por las circunstancias, buscando sobrevivir. Has causado daño, sí, pero casi siempre en defensa propia, y nada que no fuera irremediable ya. En el fondo siempre has sido un animal asustado, y has sentido compasión por los más débiles aunque intentaras disimularlo, porque tú también eres débil.

—Pero... ¡he hecho cosas horribles!

—Nunca por iniciativa propia, y siempre sintiéndote culpable. Siempre has estado rodeado de gente verdaderamente malvada que te han arrastrado como una nave a la deriva. Tu percepción de tus propios actos es algo inexacta.

Cambiaron las imágenes, centrándose esta vez en momentos que había olvidado ya. Compartiendo la poca comida que tenía con un indigente. Ayudando a una familia de refugiados a salir de una zona minada. Haciendo un torniquete de emergencia a un civil alcanzado por un francotirador. Recuerdos buenos, que había mantenido en secreto por miedo a que se corriese la voz de que Marko Blavic era un blando. No podía permitirse semejante reputación...

Visualizó a la chica una vez más. Llevándola a hombros, cargado como un mulo, cuando ella no podía caminar debido a las ampollas de sus pies. Impidiendo que fuese secuestrada por mafias rivales. Vigilándola mientras

dormía, para asegurarse de que estuviera bien. Pidiéndole que corriera para ponerse a salvo cuando los perseguía la oscuridad.

—Lyudmila...

—Tu acompañante se encuentra bien. Su proceso acabó muy rápido. Preguntó por ti con insistencia.

Oír aquello sólo le hizo sentir más despreciable.

—Ella... Ella confió en mí, y yo iba a traicionarla.

—Nunca la habrías entregado, Marko Jelenić, y lo sabes. No permitirías que le ocurriese nada malo. Con ella te une un vínculo muy fuerte, más que cualquier beneficio material.

Más imágenes. Esta vez, de su madre. Enseñándole a leer, peinando su revoltoso pelo, llevándolo de la mano a ver a sus abuelos, que fallecieron siendo él niño aún en un accidente de tráfico. Su abuelo, de quien Marko había heredado el nombre. Siempre le había parecido alto como una torre.

—Madre... ¿Está...?

—Jadranka Jelenić se encuentra bien y está a la espera de proceso.

Le invadió la calma. Si había alguien en su planeta que pudiera considerarse digno, esa era su madre.

Luego, visualizó a su perro. Jugando con él, cuidándolo en su convalecencia cuando se laceró una pata con un alambre de espino, echando la siesta juntos. Se le encogió el corazón. Estiró el brazo, intentando tocarlo, acariciarlo una vez más, pero tan sólo era una ilusión.

—¡Bojan!

—Tu mascota no murió en aquel bosque. Fue encontrado y adoptado por otra familia poco tiempo después. Terminó su ciclo vital feliz, aunque te extrañó hasta el último día.

Cayó al suelo, golpeándose las rodillas y los codos, sin que le importara. Lloró como había hecho aquel día hacía casi veinte años, pero esta vez no fue de amargura, sino de alivio. Era todo cuanto podía pedirle al universo. Los tres seres que más le habían importado en toda su vida no habían sufrido ningún terrible final. Estaban ya a salvo, donde nada ni nadie podía tocarlos. Se acurrucó en el suelo, y por unos instantes volvió a ser ese niño despreocu-

pado que disfrutaba jugando, leyendo, paseando con sus padres, visitando a su familia, mucho antes de descubrir la maldad que gobernaba el mundo.

—Y-yo... Nunca he conseguido ser bueno realmente. He fracasado.

—Marko Jelenić, no se trata sólo de ser buena persona. También de intentarlo. La ética y el arrepentimiento son algo que no todos los miembros de tu especie poseen.

Pasaron los minutos, y sintió que lo invadía algo que no había conocido en años: la paz.

—Hay tantas preguntas... Tantas cosas que me gustaría saber.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

***

A ratos seguía pensando que todo aquello no era más que un sueño. Pero si así era el caso, se trataba de un buen sueño, y no le importaba. Era feliz.

Se paró ante el umbral. La arquitectura que lo rodeaba era insólita, y no habría logrado describirla empleando únicamente las palabras. Tanto el tiempo como el espacio parecían fluir de manera desacostumbrada. Tendría que aclimatarse y fluir con ellas. Una nueva vida lo aguardaba.

Ya a salvo, pensó en todos aquellos que habían muerto por ninguna razón. Buena parte de ellos, tratando de escapar de aquella negrura. Se acordó de los refugiados del campo, de aquel oficial que se había volado la tapa de los sesos. Si tan sólo hubieran sabido lo cerca que estaban de la salvación, en vez de matarse intentando huir de ella. Era absurdo.

Volvió a sentirse indigno, y se notó reacio a entrar. ¿Podía dejar todo su pasado atrás? ¿Podía realmente contar con una nueva oportunidad? Bueno, únicamente había una manera de saberlo. Con cautela, se internó en lo que la lógica le dijo que era una sala imposiblemente grande.

Había miles de personas allí. Miles.

Algunas estaban solas, cavilando. Otras formaban parejas o grupos, hablando de forma atropellada, sin haber conseguido procesar aún los últimos cambios en sus vidas. Pero ninguno parecía preocupado, todo lo más, triste. Caminó dubitativo, inseguro de cómo conducirse en este singular futuro que

estrenaba, aunque le habían prometido que sus necesidades básicas se verían satisfechas.

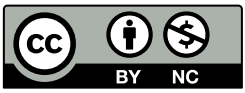
La mayor parte eran extraños, pero reconoció algunas caras. Eran refugiados del campamento. Puede que los «elegidos» hubiesen sido agrupados por proximidad geográfica, o quizá en base al orden en que habían sido «procesados». Estupefacto, unos metros más allá (aunque las distancias eran difíciles de detallar) le pareció descubrir a Valery Mineyev dando vueltas aturdido. El viejo Yuri no se había equivocado en su veredicto del mismo, entonces. Se alegró de no ver rastro de Vera. No, eso no. No debía pensar mal. Ahora era otro distinto, un hombre nuevo, bueno. Pero, ¿era cierto eso? ¿Podía de verdad cambiar una persona? Y de ser así, ¿hasta qué punto?

Casi todos permanecían inmóviles, quitando unos pocos que buscaban antiguos compatriotas. Por eso le fue fácil ver la esbelta figura que se dirigía hacia él con determinación. No le costó identificar sus cabellos rubios, sus ojos sagaces y su sonrisa sincera.

Lyudmila llegó hasta él, y en su rostro pudo leer una expectación cien veces mayor a lo que habría supuesto. Sonriendo, esperó que lo abrazase, pero ella se limitó a mirarlo con ojos cómplices y a tenderle una mano receptiva.

—Dame —le dijo, cogiéndole la suya.

Lo llevó por entre aquel mar humano en calma, ante la atenta mirada de unos y la cortés indiferencia de otros. Vio más caras conocidas, y muchas más que no lo eran. Algunos le sonrieron e hicieron un leve gesto de asentimiento, otros inclinaron su cabeza hacia un colega y susurraron unas palabras en su oído. Ninguno parecía encontrarlo fuera de lugar allí.

Sin detenerse, la niña pasó por delante de todos, esquivando individuos y grupos con presteza, y continuó cierta distancia, hasta donde su ya canoso padre esperaba para pedirle perdón.

© 2020 Daniel Salgado Blanco